

ÍNDICE GENERAL

Introducción	9
--------------------	---

PRIMERA PARTE LOS COMPLEJOS CAMINOS DE LA FE

CAPÍTULO I	
CREER HOY, UNA EXPERIENCIA DIFÍCIL	19
CAPÍTULO II	
UNA SOCIOLOGÍA DE LA FE: LAS DOS CIUDADES	27
1. Las dos ciudades.....	28
2. La grandeza de los seres pequeños.....	31
CAPÍTULO III	
INQUIETOS POR UNA REALIDAD NUEVA.....	35
3. ¿Acomodados en la indiferencia?	35
4. Fe y ateísmo.....	38
CAPÍTULO IV	
LOS SILENCIOS DE DIOS.....	43
5. ¿Dónde está tu Dios?.....	43
6. Período teofánico (<i>Theos</i> -Dios y <i>phaino</i> -mostrarse).....	53
7. Período teocrático (<i>Theos</i> -Dios y <i>kratos</i> -gobierno)	54
8. Período profético	56
9. Período de la iluminación	59

SEGUNDA PARTE CIENCIA Y FE: BREVE HISTORIA DE UNA DISCREPANCIA

CAPÍTULO V	
EL AMANECER DE LA CIENCIA MODERNA (S. XVIII).....	65

CAPÍTULO VI	
DIOS HA MUERTO ¡VIVA EL HOMBRE! (S. XIX)	73
1. Filósofos de la muerte de Dios	75
1.1. L. Comte y su «Filosofía positiva» (1798-1857).....	75
1.2. L. Feuerbach: Una teoría de la religión (1804-1872).....	79
1.3. F. Nietzsche: Filósofo de la muerte de Dios (1844-1900)	85
CAPÍTULO VII	
RELIGIÓN Y CIENCIA: EL GRAN CONFLICTO DEL SIGLO XX	91
2. ¿Por qué confrontación en lugar de cooperación?.....	93
3. Recibiendo nuestra herencia	102
4. Cambios que hacen historia	108
CAPÍTULO VIII	
IMPACTO DE LA MODERNIDAD CIENTÍFICA SOBRE LA FE	111
5. La indiferencia religiosa.....	111
6. Un balance explicativo.....	118
CAPÍTULO IX	
TESTIMONIOS DE FE EN UNA SOCIEDAD ESCÉPTICA.....	129
7. La fe emerge entre la ciencia	129
8. El fracaso de la ilusión	132
8.1. Anthony Flew: Un ateo converso	135
8.2. F. S. Collins: El científico ateo que creyó en Dios	137
8.3. Mercedes Aroz: la senadora comunista que se hizo creyente	139
9. Experimentar la fe en el siglo XXI.....	141

TERCERA PARTE
SENTIDO ESCATOLÓGICO DE LA FE

CAPÍTULO X	
LA ESCATOLOGÍA: OBJETIVO FINAL DE LAS ESCRITURAS.....	149
1. El «envío» de Jesús en misión.....	151
2. El Hijo «regresa» al Padre	154
3. El Hijo regresa a los hombres	156
4. La permanente esperanza en la parusía.....	164

5. La parusía: entre el «ocultamiento» y la revelación	167
6. La «espera» de la misericordia divina	169
CAPÍTULO XI	
SENTIDO DE LA FE EN EL DISCURSO ESCATOLÓGICO DE JESÚS	171
7. El texto dentro de su contexto	171
8. Carácter escatológico del texto	173
9. La fe como señal escatológica	177
CAPÍTULO XII	
LA FE ESTÁ VIVA EN LA MISIÓN	183
10. La misión de la Iglesia	183
11. La misión ¿una señal escatológica?	185
12. Una observación más sobre la misión como señal escatológica	186
13. La «misión» en el ateísmo	190
14. La misión neo-testamentaria.....	193
15. La misión por el «testimonio»	197
CAPÍTULO XIII	
EL VIENTO DE LA CIENCIA NO APAGARÁ LA LLAMA DE LA FE	201
16. El papel de la ciencia y de la fe.....	201
17. La posmodernidad, ¿un ataque a la fe?.....	204
18. La fe: puerta de esperanza	206
19. Una fe sorprendente en una sociedad científica y escéptica	209
20. La experiencia positiva de la fe	216
CAPÍTULO XIV	
MÁS ALLÁ DE LA ESPERANZA.....	221
21. La esperanza psicológica	221
22. Una teología de la esperanza	224
23. La ciencia no aporta esa esperanza	227
24. «Gozosos en la esperanza» (Tito 2:13)	231
CAPÍTULO XV	
En la otra orilla del tiempo	235
25. ¿Por qué renunciar al paraíso?.....	236
26. ¿Diferentes niveles de existencia?	246
27. Se rompe la armonía universal	251

EPÍLOGO

CIENCIA Y FE, UNA CONFRONTACIÓN QUE

DEBE SER EVITADA.....	255
1. Algunos beneficios de la confrontación ciencia-fe.....	255
2. ¿Dónde está el fallo?.....	259
3. La luz del creyente, ¡siempre la luz!	261

Introducción

Para no pocos autores, los conceptos «religión» y «espiritualidad» están interaccionados, de modo que no es posible entender la una sin la otra. H. Küng escribe al respecto: «La crisis espiritual de nuestro tiempo está marcada de un modo decisivo por la crisis religiosa» (*Teología para la posmodernidad*, p. 19). En el presente, en esta sociedad que muchos definen como «posmoderna», millones de hombres y mujeres permanecen indiferentes ante la idea religiosa de Dios, cuando no se tornan beligerantes contra la fe en sus variados sentidos. Es un fenómeno nuevo por su magnitud, puesto que alcanza a grandes sectores de la sociedad que nosotros consideramos como «avanzada» o culta.

A lo largo de la historia, las gentes se han movido recorriendo grandes distancias para visitar lugares que eran considerados santos: la Meca, Santiago de Compostela, Roma, el río Ganges y tantos otros. Todavía hoy se mantienen, llenas de concurrencia, las visitas a estos lugares, aunque en algunos casos las mismas se han visto reducidas notablemente. Si hasta el siglo XVIII la religión y la sociedad se identificaban entrecruzándose a casi todos los niveles, hoy ya no sucede así, pues cada vez se conforman más como entidades claramente diferenciadas. Lo social y lo científico vuelven la espalda a la fe en Dios, cuando no se oponen activamente a las opciones de la esperanza en un futuro trascendente. Es un conflicto, por lo menos en apariencia, entre no creyentes y creyentes, y digo en apariencia por pensar que aun el ateísmo evolucionista toma hoy posiciones que tienen no poco que ver con la fe, aunque no se trate de una fe en Dios. Así parece verlo también la periodista de investigación científica O'Leary Denyse: «Es importante notar que las discusiones del siglo veintiuno sobre la fe y la ciencia no son un debate entre la fe y la razón sino entre dos formas de fe diferentes. Cada uno puede creer en las leyes misteriosas en referencia a infinitos universos o

creer en Dios. Estas dos inmensas posibilidades son muy antiguas: no ha habido ningún descubrimiento nuevo después de todo» (¿Por diseño o por azar? El origen de la vida en el universo, p. 52). Tal vez lo que más nos llama la atención en la sociedad presente sea su dinámica propagandística, mostrada por ateos reconocidos (citaremos algunos más adelante), quienes hoy se han decidido por un verdadero apostolado activo a favor de la increencia. Intuyo que se ha producido una especie de reacción en el ateísmo que podríamos considerar como «misionera», mediante la cual se busca que el que cree no crea, que el que acepta una visión trascendente de la vida sólo acepte su temporalidad, que quien confía en Dios acepte creer sólo en el hombre como dispensador del futuro de la humanidad. En este sentido, sólo citaremos en este trabajo a algunos autores de los siglos XIX y XX (muy significativos por su crítica de Dios y de la religión), tales como L. Comte, A. Feuerbach y F. Nietzsche, en el siglo XIX, a quienes se puede encuadrar entre los más firmes promotores del ateísmo. Igualmente citaremos a algunos científicos y pensadores contemporáneos nuestros, como R. Dawking, St. Jay Gould, S. Harris y Ch. Hinchens, entre otros.

Los ciudadanos hoy, a finales de la primera década del siglo XXI, nos vemos obligados a participar de una confrontación entre la ciencia y la fe, siendo ésta de una magnitud tal como no es posible encontrarla con anterioridad en ningún momento de la historia. El filósofo A. N. Whitehead escribe: «Cuando uno considera lo que la religión representa para la humanidad, y lo que la ciencia es, no es una exageración decir que el curso futuro de la historia depende de la decisión de esta generación sobre la relación entre ambas. Tenemos aquí las dos fuerzas generales más fuertes que influyen al hombre y que parecen situarse la una contra la otra» (*Science and the Modern World*, pp. 181-182). Nunca antes estuvieron tan claramente definidas las dos posiciones, ni la sociedad tan dividida entre el dominio de la creencia y la increencia. Nunca antes se soslayó tanto a Dios, aparcándole a un lado del camino, substituyéndole por otros «dioses» que nada ofrecen para el más allá puesto que su propuesta, placentera y hedonista, sólo tiene que ver con lo temporal pero que, en compensación, nada exigen.

Nada en la historia parece que suceda por casualidad, teniendo que aplicar la ley de «causa y efecto» para hallar la correcta explicación de las cosas en su tiempo histórico. Es en el pasado donde

debemos encontrar la respuesta a la situación de conflicto entre creyentes y no creyentes que actualmente vivimos. El presente se explica desde el pasado, así como las futuras generaciones tendrán que encontrar algunas respuestas a sus problemas en nuestra actual generación, pues cada generación pasada, situada históricamente, ofrecerá respuestas clarificadoras a los acontecimientos a los que tendrán que hacer frente las generaciones futuras. Los elementos generadores de la actual situación de crisis de fe vienen de lejos: nacieron en su momento y, de acuerdo con el natural avance histórico, cultural y científico experimentado, se han desarrollado tomando carta de naturaleza entre nosotros.

El pasmoso avance de la ciencia, especialmente en el siglo XX, ha propuesto muchos interrogantes que el hombre ha decidido responder de una manera un tanto simplista: Dios no existe porque ya no es necesario para justificar las maravillas de la naturaleza de este pequeño mundo y aun del universo. Es cierto que entre las dos vías, creación y evolución, se ha abierto una tercera que podríamos presentar como «vía de compromiso», es decir, una vía intermedia que busca hacer válida la existencia de Dios sin renunciar por ello al largo proceso de la evolución (P. Teilhard de Chardin me parece que es el exponente máximo de esta teoría). No hay duda de que en las tres proposiciones encontramos argumentos favorables importantes, conceptos con los que podemos estar de acuerdo y conceptos para discrepar, pues los objetivos finales son inalcanzables para la mente humana y para los medios que el hombre de ciencia posee. De tal modo es esto cierto, que podemos pensar que, sin importarnos cuánto avance el conocimiento científico, siempre nos encontraremos a una distancia inalcanzable de la respuesta final. El misterio siempre acompañará a las criaturas, como si el saber definitivo tuviera como objetivo mantener al hombre a la distancia oportuna y en una posición de dependencia respecto de lo «absoluto».

El científico o pensador (filósofo) concluye que Dios no es ya necesario (aunque lo fuese en algún tiempo en el pasado, como lo reconoce Freud, pero lo hace en base a hipótesis, intuiciones subjetivas o claros deseos de originalidad). Estos son tiempos difíciles para el creyente pero, tal vez por eso mismo, tiempos apasionantes para la búsqueda de una fe auténtica, personal, interiorizada y experimentada; una fe dinámica, fuerte para el debate con la sociedad que no cree en la trascendencia de esta vida y, por lo tanto, nada espera

de un futuro eterno. En fin, una fe fuerte y sabia para no renunciar a la esperanza trascendente que nos viene de las Escrituras y que debe dar un colorido especial a nuestra existencia.

Contra este criterio esperanzador, se pronuncian hoy no pocos autores que se expresan con gran dureza contra la fe, y a veces con tan fuertes sarcasmos sobre la religión cristiana, que nos hace pensar que están movidos más por algún resentimiento personal que por una crítica constructiva a la religión. El filósofo X. Zubiri lo dice de un modo más directo: «Yo creo sinceramente que hay un ateísmo de la historia. El tiempo actual es tiempo de ateísmo, es una época soberbia de su propio éxito. El ateísmo afecta hoy, *primo et per se*, a nuestro tiempo y a nuestro mundo» (*Ateísmo, Historia, Dios*). Personalmente percibo el mismo sentimiento de Zubiri cuando leo a S. Harris, R. Dawkins o Ch. Hitchens, autores ateos a los que más adelante nos referiremos. No obstante, citaremos ahora como ejemplo a Sam Harris (psiquiatra de profesión y ateo por vocación), en su obra *El fin de la fe*, cuyo hilo conductor trata sobre la religión organizada, el enfrentamiento entre la fe religiosa y el pensamiento racional, y los problemas de la tolerancia en el marco del fundamentalismo religioso. La obra está destinada a asegurar que la religión es sólo un problema para el desarrollo socio-cultural de la sociedad actual y que la fe religiosa está destinada a desaparecer. Harris comienza su libro describiendo el periodo de «duelo colectivo y estupefacción» que siguió a los ataques terroristas del 11 de septiembre en la ciudad de Nueva York, y exponiendo en él una amplia crítica a todos los estilos de creencias religiosas, capaces, asegura, de gestar actos tan dramáticos e inhumanos como este. Volveremos sobre este tema.

Señalo, más a título de anécdota que de confrontación, cómo el propio Hitchens (un ateo activo) parece certificar su nulo compromiso con la religión a la que ataca duramente en su obra *Dios no es bueno. Alegato contra la religión*, indicando con ello que no parte de una experiencia religiosa que pudo ser defraudada por alguien o por algo, en algún momento de su vida, e incluso me atrevería a decir que no parte siquiera de una actitud de respeto por lo religioso. No concede ninguna importancia al hecho de que fue miembro bautizado de la Iglesia Anglicana, ni que se uniera a la Iglesia Ortodoxa Griega «para complacer a mis suegros griegos», ni, finalmente, casarse ante un rabino judío reformista quien «era consciente de

que su homosexualidad de toda la vida estaba castigada por principios como una ofensa capital, punible, según los fundadores de su religión con la lapidación» (p. 30). Harris no deja en pie nada que tenga que ver con las iglesias o con la religión. ¡Es tan fácil desacreditar algo o a alguien usando hechos anecdóticos o puntualmente históricos, pero sin la necesaria perspectiva! Este autor sigue la antigua táctica: «Desacredita, que algo queda». Siempre he sentido poca simpatía por el método del descrédito, la broma fácil o la anécdota que ridiculiza a un individuo o a un colectivo, porque, por ese camino, todos nos reiremos de todos, incluso de los ateos.

En el siglo actual, participando de una sociedad más y más tecnificada, se está librando una batalla entre el intelecto y los sentimientos de la humanidad. Muchos, con un concepto materialista de la historia, creen firmemente que los avances de la ciencia pueden llenar los huecos de nuestra comprensión de la naturaleza, enseñando que creer en Dios es fruto de una superstición ya superada, y que sería mejor para la humanidad aceptar el fracaso de la fe como elemento rescatador del ser humano. Sin embargo, muchos creyentes se manifiestan convencidos de que la verdad que creen, nacida del análisis espiritual interior, es más convincente que las ideas que eliminan a Dios, procedentes de la fuente de la filosofía, la biología, la física o las matemáticas. Siendo esto correcto en base a la libertad a la que cada uno tiene derecho (todos somos dueños de nuestra creencia), no deja de ser preocupante que, finalmente, la creencia en Dios se haya presentado, a veces, bajo un aspecto tan beligerante como pueda serlo la posición materialista que hemos citado anteriormente. Así pues, tenemos a la fe y la ciencia confrontadas, en lugar de que, juntas, busquen caminos de entendimiento para hacer posible una mayor riqueza en la comprensión de la verdad, tanto la inmanente como la trascendente. Ante esta situación que vivimos con toda su tensión, podemos preguntarnos ¿daremos la espalda a la ciencia porque se la percibe como una amenaza para Dios? O por el contrario, ¿daremos la espalda a la fe, concluyendo que la ciencia ya está lista para ocupar el lugar que la religión, ya superada, debe dejar vacío? Ahí reside el dilema al que creyentes y no creyentes tenemos que hacer hoy frente, aunque no deberíamos olvidar que, como escribe el científico F. S. Collins, «el Dios de la Biblia es también el Dios del genoma. Se le puede adorar en la catedral y en el laboratorio. Su creación es majestuosa, sobrecogedora, compleja y

bella, y no puede estar en guerra consigo misma. Sólo nosotros, humanos imperfectos, podemos iniciar tales batallas. Y sólo nosotros podemos terminarlas» (¿Cómo habla Dios?, p. 226).

Daremos un apunte más sobre el tema que ahora nos ocupa (lo trataremos extensamente más adelante) y que podríamos definir como «un sentido escatológico de la fe». Lo haremos en referencia al texto del evangelio: «Cuando el hijo del hombre venga, ¿hallará fe en la tierra?» (Lc. 18:8). Los creyentes en las Escrituras no podemos olvidar que éstas tienen un claro sentido escatológico y que el texto que acabamos de citar podría ser incluido entre la documentación revelada sobre escatología y, más concretamente, sobre la parusía o segunda venida de Jesús. Es este acontecimiento una doctrina central del cristianismo, puesto que todo cuanto es y significa la fe tiene como objetivo la trascendencia, el más allá, el Reino de Dios, en fin, la vida eterna. La parusía, como suceso íntimamente vinculado con la resurrección, es decisivo en el marco de la esperanza cristiana pues, sin el regreso de Jesús a este mundo, la fe cristiana pierde todo sentido teológico, así como su valor en la espera de un futuro galardonador de las vicisitudes tenidas durante la experiencia en esta vida. La parusía es la culminación del proceso salvador concebido por Dios a favor del ser humano caído en el pecado; así como la actual crisis de fe y el denodado enfrentamiento entre ciencia y religión podría entenderse como un esclarecimiento escatológico que ilumine nuestra espera de la parusía y el camino de nuestra esperanza.

Además, la fe cristiana, tema central de esta obra, debe adornarse con una característica que la capacitará para hacer frente a los «ataques» de la ciencia: cambiar su pasado marcado por la «estática», la «contemplación» y la «mística» por una disciplina práctica, por una actitud dinámica de participación y propuesta a la sociedad, es decir, por una acción evangelizadora que dinamice en nosotros la vivencia del evangelio, como un poderoso argumento contra la propuesta actual al hedonismo, la indiferencia hacia los ideales de cualquier clase y el egocentrismo que se encuentra enraizado en nuestra sociedad occidental materialista. Si vengo de la nada y hacia la nada me dirijo, entonces «comamos y bebamos que mañana moriremos» (1 Co. 15:32). Esta es la consecuencia del nihilismo (vacío) al que S. Pablo hace referencia cuando lleva a cabo su planteamiento cargado de lógica: «Si no hay resurrección de muertos, Cristo tampoco resucitó;

y si Cristo no resucitó vana (kenòn, vacía) es entonces nuestra predicación, vana es entonces nuestra fe» (vv. 13-14).

Frente al inmovilismo acomplejado que puede afectar a los creyentes hoy, debido a la oleada de propuestas que renuncian a Dios y a toda forma de vida ultraterrena, debemos responder con una fe interiorizada, más individual que nunca, firmemente adquirida por la revelación y la búsqueda sincera, profundamente deseosa de ser compartida, más dependiente de Cristo que de la Iglesia, más dependiente de mi propia convicción a la luz de la Escritura que del colectivo. Ambos necesarios, pero con una cierta jerarquía. Karen Armstrong lo expresa del siguiente modo: «De nada sirve sopesar las enseñanzas de la religión para juzgar su verdad o falsedad, antes de embarcarnos en un modo religioso de vida» (*En defensa de Dios*, p. 17). Puede que el argumento genésico que los científicos buscan en las estrellas, debamos finalmente buscarlo aquí, entre los hombres, mediante una experiencia del amor fraternal que alivia el alma y consuela al afligido. No cuesta pensar lo inútil, por no decir doloroso, que puede resultar para las buenas gentes de Haití que les fuéramos a animar (después del terremoto y el cólera) con el mensaje de que no hay Dios ni vida después de esta vida y de que la segunda venida de Cristo no tiene sentido después del rechazo de toda existencia trascendente. Si el dolor complica a veces la creencia en Dios, también el dolor puede llenar de desesperación el corazón de los millones de personas que, por terremotos, tsunamis, guerras, hambres y plagas, sufren y mueren sin tener derecho a pensar que existe un «después» que compense su sufrimiento. La fe no será empíricamente demostrable, ¡pero es tan necesaria para la vida!



PRIMERA PARTE

Los complejos caminos de la fe



CAPÍTULO I

Creer hoy, una experiencia difícil

La crisis de la fe cristiana tiene su historia y sus causas. No se nos ha venido encima de repente, sin avisar, sin ofrecer datos que nos advirtieran de que tal hecho se estaba produciendo. De eso trata esta obra, ofreciendo una breve historia del fenómeno producido por el enfrentamiento de la fe y la ciencia, así como el necesario análisis de las causas que lo han producido y de las consecuencias que se han obtenido. Podría parecer simplista el hecho de tratar un asunto tan complejo en unas pocas páginas, pero renunciamos a un desarrollo más técnico en aras de una mejor comprensión del tema por todos aquellos que se acerquen a él, en busca de explicación para sus posibles inquietudes espirituales.

Creyentes de todas las confesiones cristianas se preguntan hoy con preocupación por el futuro de la Iglesia. Personalmente estoy de acuerdo con quienes piensan que, tal como sucedió con el Judaísmo, que gozó de la protección divina para su supervivencia durante siglos, así Dios protegerá a su Iglesia hasta el fin, hasta que Él venga a rescatarla. Luego mi inquietud está menos en la supervivencia del cristianismo (que corresponde sólo a Dios hacerla posible, mientras cada creyente colabora), que en la experimentación viva de mi fe en Jesucristo. El ataque del maligno contra la Iglesia es sólo la suma de los ataques individuales a los creyentes que la componen. Atacando a cada creyente, ataca a la Iglesia toda y, por el contrario, con mi victoria sobre la apatía religiosa, se hace posible proporcionalmente la victoria de la Iglesia. Si Dios protege a su Iglesia universal y yo, con su ayuda, permanezco fiel a la cruz de Cristo, no tengo nada que temer, ni del presente ni del futuro.

En el siglo actual, participando de una sociedad más y más tecnificada, se está librando una batalla entre el intelecto y los sentimientos de la humanidad. Muchos, con un concepto materialista de la historia, son conscientes de que los avances de la ciencia pueden

llenar los huecos de nuestra comprensión de la naturaleza, enseñando que creer en Dios es fruto de una superstición ya superada, y que sería mejor para la humanidad aceptar el fracaso de la fe como elemento rescatador del ser humano. Sin embargo, muchos creyentes se manifiestan convencidos de que la verdad que creen, nacida del análisis espiritual interior, es más convincente que las ideas que eliminan a Dios, procedentes de la fuente de la filosofía, la biología o la psicología. Siendo esto correcto, en base a la libertad a la que cada uno tiene derecho (cada cual es dueño de su creencia), no deja de ser preocupante que, finalmente, esta posición se haya presentado, a veces, tan beligerantemente. Así pues, tenemos hoy enfrentadas a la fe y a la ciencia en lugar de que, juntas, traten de encontrar caminos de entendimiento para hacer posible una mayor riqueza en la comprensión de la verdad, tanto la inmanente como la trascendente. Ante esta situación que vivimos con toda su tensión, podemos preguntarnos ¿daremos la espalda a la ciencia porque se la percibe como una amenaza a la creencia en Dios? O, por el contrario, ¿daremos la espalda a la fe, concluyendo que la ciencia ya ha alcanzado el nivel necesario para conseguir que la experiencia religiosa sea innecesaria?

Puede que el peor adversario del cristianismo no haya que buscarlo entre los evolucionistas ateos o los filósofos de la «muerte de Dios» (a los que nos referiremos más adelante), sino en la pérdida del sentido religioso de los propios creyentes. Ahora no se trata tanto de discernir si la fe actual, aunque menos contundente que en el pasado, llegue a ser más o menos sincera por tener que ejercerla en un medio que no la favorece en absoluto. Ser creyente hoy, cuando hay tantas propuestas que desalientan la profesión de una fe genuina, determina con mayor firmeza la autenticidad de esa fe.

Podemos considerar la sociedad actual (que se define como posmoderna) como una sociedad «presentista», es decir, que nada que escape al presente interesa, con un peligroso olvido de las voces del pasado que nos advierten. He vivido una larga experiencia pastoral con las almas, en múltiples países y con muy plurales culturas. He visto, como si de una gráfica se tratara, los picos y las caídas del interés de las gentes por el mensaje evangélico. No se trata de que la sociedad no necesite ya la palabra alentadora del amor y de la esperanza —¡la necesita con mayor intensidad si cabe!, pero no lo sabe— dejando por ello de ocuparse en la búsqueda de un verdadero

sentido de la vida, aunque éste parece estar muy claro en términos materiales. Tal vez la publicidad, alentando el consumo de cosas, o la política, o las severas discrepancias que siempre han acompañado a la historia del cristianismo, sea lo que ha producido ese gran desinterés por todo lo que tenga que ver con el pensamiento y la trascendencia. Les decimos a las gentes que tenemos un libro común en el que nos inspiramos (la Biblia), que creemos en un mismo Dios revelado en Jesucristo y que todos aspiramos a la vida eterna; sin embargo, ¡a veces somos más adversarios que amigos! ¿Por qué extrañarnos entonces de que se mire con reticencia a los creyentes cuando intentan compartir con ellos su esperanza? Como muestra podemos citar a G. Hallostén, quien da por supuesto que Europa ya no es un continente cristiano (*Europa: perspectivas teológicas*, pp. 535-551), ya que el cristianismo se ha desplazado a las iglesias de los países más deprimidos o los emergentes, menos tocadas por la filosofía de la muerte de Dios y el materialismo. Es allí donde todavía no aparece generalizado el concepto de libertad en la relación de los creyentes con su Iglesia, libertad que, indebidamente utilizada, está generando un proceso de secularización que se convierte en un gran escollo para el desarrollo administrativo y misional de la misma. Abundando en la noción de crisis de la Iglesia, Juan Martín Velasco señala: «Para los analistas ‘modernos’, el rechazo del cristianismo y, después, la negación de la trascendencia ajena al hombre, son las condiciones indispensables para el progreso de la sociedad (...) La modernización de la sociedad exige la eliminación en ella del cristianismo» (*El malestar religioso*, p. 23).

El poder del mal tiene empeñada una lucha contra cualquier expresión de fe en Jesucristo, recurriendo para ello a su arma más eficaz, que no fue nunca la persecución física en todas sus formas, sino la actuación sutil, solapada y silenciosa; sin manifestar, cuando puede evitarlo, la realidad de su ataque. El método es antiguo como el mundo mismo, pues, de acuerdo con la Escritura, la desdichada historia del pecado se inició así, sutilmente, con palabra suave y amistosa, buscando la perdición del hombre al ofrecerle un estatus que satisficiera su «ego» y su autoestima, situación que sigue vigente. Veamos brevemente su actuación en el Edén. Se presenta a Eva debidamente informado de lo que Dios había enseñado a la pareja: «¿Con que Dios os ha dicho?». Satanás lo sabe, está al tanto de las condiciones puestas por el Creador para que vivieran en paz y

eternamente. Este conocimiento debía permitir que Eva se confiase, para poder así completar Satanás su actuación con un ofrecimiento magnífico, «tentador»: «No moriréis». Es decir, «si yo conozco lo que Dios os ha dicho, también sé que no moriréis», antes bien «serán abiertos vuestros ojos, y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal» (Gn. 3:5). Nada de golpes en la puerta de su corazón, ni ningún tipo de violencia, sino sutilezas que dobleguen su voluntad encaminándola por la senda equivocada que le interesa que sigan. El resultado es suficientemente conocido gracias al relato bíblico (Gn. 3:1-7). No existe presión física, ni tortura, sólo un método suave que se impone a la voluntad. Las consecuencias fueron terribles.

En las sociedades libres y democráticas, donde a nadie se le amenaza por causa de sus creencias religiosas, donde cada individuo se encuentra en disposición de seguir los dictados de su conciencia sin ningún tipo de represión legal, ¿es tentado el creyente? ¿De qué forma? ¿Cuál es el canto de sirenas de la sociedad dirigido al creyente? Todos hemos oído hablar de la experiencia de Ulises, el héroe mitológico que superó el peligro de los irresistibles cantos de sirena que atraían a los marinos con sus barcos hacia la costa haciendo que se estrellaran contra las rocas y perecieran. La solución la encontró tapando sus oídos con cera para no oír la sutileza de la música maravillosa con un destino de muerte. ¿Podría aplicarse esta historia mitológica en la sociedad del desarrollo y la abundancia en la que vivimos? ¿Podríamos hoy encontrar algo que nos haga recordar los cantos de sirena del relato mitológico?

Tenemos otro ejemplo de actuación sutil y persuasiva del Maligno, aunque esta vez sin éxito por su parte. Ahora se trata del segundo Adán, de Jesús en el desierto, cuando fue exhaustivamente tentado con la aviesa intención de malograr el plan de la salvación elaborado por Dios a favor de ser humano. ¡Nada de violencia, de forzar a su oponente o de amenazarle! De nuevo la sutileza y la astucia. ¿Tienes hambre después de 40 días de ayuno? Pues «di que estas piedras se conviertan en pan»? (Mat 4:3) Yo sé que puedes hacerlo. Después agudiza el sistema, el método para hacer caer a Jesús. Se olvida de lo físico y toca su orgullo, su ego más íntimo. Si eres lo que pretendes que eres, entonces «échate abajo, que sus ángeles mandará por ti» (vv. 5-7). Fracasado su propósito, vuelve a la carga con la tercera tentación, con la que pone en juego toda su astucia tentadora ofreciéndole «todos los reinos de este mundo». Finalmente se retiró

fracasado, porque ser astuto no garantiza que se sea inteligente ¡y Satanás no lo es!, como no lo es nunca, por definición, el error y el pecado. Jesús resistió la prueba con su sentencia: «Vete Satanás, que escrito está: 'al Señor tu Dios adorarás y a Él sólo servirás'» (v. 10).

Como en el caso de Jesús, con enorme sutileza a veces, es probada la fe de los creyentes, y esto más firmemente que a través de la violencia. No se trata de obviar que ésta ha sido utilizada en la larga historia del cristianismo, pero ha sido siempre menos eficaz para eliminar, o siquiera debilitar, la fe en Dios y en la revelación mostrada a través de Jesucristo.

Cuando los cristianos de los primeros siglos tuvieron que soportar las persecuciones romanas, no cedieron en su fe, aun a costa de su vida. Muchos murieron por ella y la sangre derramada por los mártires se transformó en caudal de vida ejemplar para miles de convertidos por su testimonio (el término «mártir» viene del griego *martyria*, que significa «testimonio»). Satanás generó mucho sufrimiento entre quienes creían en Jesús, ¡pero se equivocó de método! La fe cristiana se expandió por todo el imperio, de modo que se dice que a finales del siglo segundo ya se oraba al Señor en todo el imperio romano, incluido el norte de Europa (Oury G. M., *Histoire de l'Évangélisation*, pp. 18-20). Por eso pienso que el mayor peligro para la fe ha de venir de las tácticas astutas y sutiles del mal, no de la violencia. Ambas, astucia y violencia han sido y serán utilizadas por el maligno, pero la peor de ellas, en mi opinión, será la oposición sutil. Es posible pensar en la torpeza del maligno en su proyecto de hacer matar a Jesús en la cruz del Calvario. Primero, intentó impedirlo sutilmente utilizando al apóstol Pedro, cuando esté, al oír decir a Jesús que «le convenía ir a Jerusalén, y padecer mucho de los ancianos, y de los príncipes de los sacerdotes» (Mt. 16:21), reprende a Jesús diciéndole: «Señor, en ninguna manera esto te acontezca» (v. 22). Al no tener éxito su propuesta (v. 23), Satanás tomó el camino de la eliminación, mostrando con ello cuán necio puede ser el pecado. Inicialmente no quiere que sufra (sencillamente no quiere que vaya a Jerusalén), pues parece saber que tal sufrimiento era la clave de la salvación de la humanidad y su definitivo fracaso y condenación. Después pasó a desear su muerte y a hacerla posible manipulando la favorable disposición de los dirigentes judíos. ¿Acaso ignoraba en aquellos momentos que la muerte de Jesús, y sólo su muerte, haría posible el triunfo del ser humano para vida eterna? ¿Cómo podía

ignorar que si Jesús moría, triunfando sobre el dolor y el pecado, él estaría definitivamente condenado? Ya he dicho anteriormente que Satanás disfruta de una información mesiánico-profética de alto nivel, pues no podemos olvidar que «también los demonios creen y tiemblan» (Stg. 2:19). Sólo podemos concluir que la inducción de Jesús a la muerte, la llevó a cabo Satanás con la esperanza de que el Hijo del hombre se rindiera en algún momento de su martirio, no que muriera, pues Jesús, muriendo, viviría eternamente y, con él, todos los que creen en su nombre. La «victoria» de Satanás en la cruz fue la garantía de su fracaso, y la «derrota» de Jesús, muriendo, fue la garantía de su gloriosa victoria sobre el Maligno. ¡Qué torpe el proyecto de Satanás, pues no supo discernir que la muerte en la cruz de Jesús era la garantía de su propia muerte! A partir de entonces puede decirse que la persecución por causa de la fe, y aun la muerte, sólo ha de triunfar circunstancialmente sobre el bien y la vida. La victoria está plenamente asegurada: »¿Dónde está, oh muerte tu aguijón? ¿dónde, oh sepulcro, tu victoria?» (1 Co. 15:55).

La historia de los circos romanos, las guerras de religión y la Inquisición, confirman plenamente que, a pesar del mucho dolor producido, su eficacia contra la fe fue temporal y más aparente que real. Es por eso que debemos reconocer otros métodos de persecución de la fe en Jesucristo, nada violentos, pero extremadamente eficaces, algunos de los cuales podemos encontrar en esta sociedad posmoderna, en nuestro tiempo, y descubrirlos es una misión necesaria.

Aunque es cierto que en nuestro vasto mundo, con cientos de lenguas, culturas y realidades sociales tan diversas, no podemos más que generalizar las conclusiones a las que lleguemos en base a nuestra apreciación de la realidad, puede decirse que la situación de la experiencia de fe en las iglesias es hoy preocupante. La fe, en ciertos lugares de la sociedad (especialmente en los países encuadrados en el «primer mundo») es, desde hace unas décadas, un bien escaso que cada vez lo es más. Es lógico que, a la luz de la Escritura, muchos creyentes se refieran al tiempo del fin en términos de angustia, dolor y persecución, pero no parece que impresione tanto la crisis de fe que se detecta en la sociedad occidental y que igualmente está explícitamente señalada en Lucas 18:8. ¡Y esa puede ser la obra maestra del diablo! Quienes tenemos una larga trayectoria como creyentes, podemos constatar como los cambios socio-políticos inciden directamente sobre la experiencia religiosa de los miembros

de las iglesias. Viví personalmente en España los primeros 35 años de mi vida en un régimen político dictatorial que sólo «toleraba» la discrepancia con la Iglesia oficial dominante, sin ninguna clase de libertad religiosa. Veinte de esos años los viví como miembro de una Iglesia Cristiana Adventista y puedo asegurar que aquellos años fueron de una intensa experiencia espiritual y una actitud fraternal en la comunidad como no he vuelto a encontrar hasta el presente. No quiero pensar que la pérdida es irreversible y nunca volverá, pero me resulta muy difícil entender cómo en las actuales circunstancias sociopolíticas y espirituales podremos recuperar aquella situación de privilegio que tanto recordaba el espíritu manifestado por el cristianismo primitivo. Pienso que todos los que disfrutamos de una edad suficiente como para haber vivido aquellos momentos, pensamos que ser más cultos y disfrutar de mejores oportunidades económicas, no nos ha hecho mejores cristianos. Parece que, como veremos más adelante en esta obra, se produce una inversión de valores en la sociedad y en la Iglesia: A mayor desarrollo social y cultural, menor compromiso con la fe y con la esperanza en un futuro trascendente. Satanás ha recuperado (y parece que con éxito) el método sutil y seductor que utilizó con Jesús ofreciéndole todos los reinos de este mundo, pero la diferencia está en que, si con Jesús fracasó, no sucede lo mismo en esta sociedad posmoderna. No siempre y no en todos, pero cualquier observador atento a la realidad que vive, será consciente del progreso social y económico que las sociedades avanzadas han experimentado, haciendo así más amable la existencia, mientras que no sucede lo mismo en el ámbito religioso, donde, como lo señala J. A. Paredes, «La vida se ha ido secularizando (...) en el sentido profundo de que el hombre moderno ha aprendido a arreglárselas sin Dios y a sentirse artífice y responsable de la historia» (¿Dónde está nuestro Dios?, p. 86). El mal se viste de progreso, de individualismo y de hedonismo, encandilando a hombres y mujeres que, por no aceptar un proyecto de trascendencia, hacen del presente su única opción y de los placeres de esta vida su único credo.